

William Temple, una nota de optimismo personalista en un mundo en crisis

Alfonso Roper Berzosa
Pastor Evangélico

El mundo del trabajo es duro y frío. Aunque el Evangelio tiene vocación preferencial por los pobres, la teología cristiana no ha ahondado suficientemente en la esfera donde el pobre realiza por entero su vida: el mercado laboral, sus leyes económicas y fluctuaciones sociales. Unas veces como empleado, otras como desempleado, el obrero vive dramáticamente su condición de persona. «No tiene conciencia ni posibilidad de ser una persona, un hombre total», al decir extremado del médico suizo Paul Tournier, de tradición calvinista. «No interesa más que la función que cumple, la mano de obra que proporciona, o la potencia política que representa.»¹

Frederick Maurice, Charles Gore y William Temple son tres de las figuras más destacadas del desarrollo de este pensamiento», así se refería el profesor Daniel Day Williams, de la Facultad de Teología de la Universidad de Chicago.² Sabemos de otros ideólogos y pensadores que han dedicado su atención al tema social a raíz de alguna experiencia traumática habida en sus años formativos, o por una toma de conciencia debida a su relación directa con lo social y la injusticia de sus estructuras, como es el caso bien conocido de Walter Rauschenbusch, representante del llamado «evangelio social», por limitarnos a un

pensador cristiano. No ocurre así con los tres autores anteriormente citados. Todos llegaron a tomar conciencia crítica de su responsabilidad social en reflexión y diálogo abierto con su fe, desde un corazón sensible a las necesidades de la persona humana, especialmente la más afectada en su condición de persona: el obrero, el asalariado. Esto nos sugiere que no todo en el cristianismo está perdido. Que cuando es asumido como la vida misma tiene la virtud de suscitar una acción y una manera de ser siempre rica en posibilidades humanas.

William Temple nació el 15 de octubre de 1881 en el palacio episcopal de Exeter, donde a la sazón su padre, Frederick Temple, era obispo, más tarde elevado a la dignidad de Primado de la Iglesia de Inglaterra, Arzobispo de Canterbury, al igual que su hijo en los dos últimos años de su vida. Cuando William tenía cuatro años se trasladaron al palacio episcopal de Fulham, donde residió hasta los quince años, para después mudarse al palacio arzobispal de Lambeth. Así, pues, de palacio en palacio, transcurrió la infancia y adolescencia del joven Temple, en contacto con lo mejor de la sociedad británica y recibiendo la educación más espléndida que su condición le ofrecía. Difícilmente se podría concebir en tan holgada vida, aunque es-

trictamente sometida a la disciplina religiosa de oración temprana y lectura bíblica diaria, ignorante de la situación y condición obrera, que éste mismo hombre llegara ser, por la fuerza de su propio corazón cristiano, el que involucrara a la Iglesia en el tema social, no como una cuestión tangencial sino como parte constitutiva e inherente a su calidad de reflejo de Reino de Dios.

Años antes de ser ordenado al ministerio encontramos en su correspondencia (alrededor de 1901), expresiones muy radicales y críticas, propias, indudablemente de la edad, pero también fruto de una visión evangélica responsable:

«La Iglesia lleva un siglo de retraso en relación a la sociedad... Todavía está adorando formas (que si se observan son la esencia de la idolatría); hemos hecho un ídolo de Cristo mismo. Nuestra religión se vuelve más y más sensual; los predicadores tratan de crear emociones, no de dirigir la voluntad. En resumen, algo más hostil al Nuevo Testamento que nuestra religión moderna inglesa es difícil de concebir...

Los pobres no son provistos de techo, ni los desnudos vestidos, ni los hambrientos alimentados. Y aun así casi cada cual en Inglaterra dice creer que una al menos de las sentencias de condenación final es: «Fui extranjero y

no me recibisteis, etc.» Otro ejemplo, es un hecho cierto que en las parroquias ricas la gente que va a la iglesia son los más egoístas. Pero el Señor dice: «No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre»; para decirlo en una palabra, la Iglesia olvida que el cristianismo no es una actitud mental sino una forma de vida: el espíritu de un hombre se conoce no por su opinión (credos, etc.) sino por su acción y conducta general.»

Desde Balliol escribe a su amigo Harry Hardy (15 mayo de 1901):

«Cada vez estoy más convencido que un ministerio intelectual es absolutamente necesario en estos tiempos... La Iglesia ha sido elevada —por Wesley y otros— a una nueva devoción espiritual; y a un nuevo sentido de la belleza, como una expresión de esta devoción, por Newman; así que tenemos la devoción y su expresión formal, pero queda la parte más importante, a saber, poner todo esto detrás de las acciones e identificar la religión con la vida.»

En otro lugar, por las mismas fechas, podemos leer:

«Todos los profetas condenaron la adoración ceremonial y ritual sin excepción; y así debemos hacerlo nosotros, no porque sean malas en sí mismas sino porque, mediante el abuso, han venido a hacer más daño que bien; debemos tratar el ritual (no quiero decir ritualismo, sino mera asistencia a la iglesia) como hicieron los profetas, y como Platón trató a Homero».

Temple se afilió al Partido Laborista inglés y permaneció como militante en él durante muchos años, incluso después de haberse dado de baja del mismo continuó apoyándolo de acuerdo

a sus posibilidades. Casi al final de su vida, en 1942, publicó *Christianity and Social Order* (Cristianismo y orden social), que condensaba su programa y convicciones más queridas, meditadas a lo largo de su intensa experiencia en el mundo social. En poco tiempo se vendieron más de 139.000 ejemplares. Tal era el interés del público inglés por este tipo de información. Temple dirigía una llamada urgente a todas las iglesias cristianas a entrar en las esferas de acción social, política y económica que, previamente, habían sido consideradas como terreno vetado a las iglesias de tradición protestante. El resultado, pése a la prematura muerte de Temple, fue que al fin las iglesias estaban preparadas para ocuparse seriamente de los temas del presente que preocupaban a la sociedad secular.³ Para muchos hombres de aquella generación la Iglesia estaba traspasando sus límites, entrometiéndose en asuntos que quedaban más allá de su esfera estrictamente religiosa. Políticos y clérigos estaban disgustados. Ralph W. Inge, dean de la catedral londinense de San Pablo, hombre tímido y reconocido erudito, no podía menos que sentir horror ante el espectáculo de la política introducida en la Iglesia. Inge creyó que la designación de Temple para Canterbury había sido una «elección desastrosa».⁴

Por su parte, el famoso economista John M. Keynes, en medio de la polémica, escribió sobre el asunto con el firme propósito de reforzar las ideas generales de Temple en dos campos bien específicos:

1° El derecho que tiene la Iglesia a intervenir ética y pedagógicamente en política. Keynes puntualizó que la política económica es una parte de la ética.

2° La historia demostraba que hasta hacía bien poco la influencia de la Iglesia en asuntos de economía y política había sido aceptada sin reparos. Keynes recordaba que la reducción de la función eclesiástica al «otro mundo del más allá» es una herejía reciente.⁵

Los peores y más escandalosos males que la clase obrera tuvo que soportar durante la llamada revolución industrial habían sido eliminados en parte cuando Temple entró en el terreno de la actividad social a principios de siglo. Pero todavía quedaba por conquistar una vasta área de interés primordial, si la clase obrera quería participar más consciente y activamente en la programación del futuro de su destino: la educación. «Si el movimiento obrero —escribía R.H. Tawey— quiere solucionar sus propios problemas, movilizar sus propias fuerzas y crear un orden social más en conformidad con sus propios ideales, tiene que preocuparse de la educación de sus miembros con la misma voluntad y persistencia con que ha conseguido la mejora de su situación económica.»

Hacia pocos años que estaba en marcha la Asociación Obrera de Educación (W.E.A., son sus siglas en inglés). Esta eligió a Temple como su presidente, puesto que ocupó activamente desde 1908 a 1924. Temple estaba firmemente convencido del papel tan importante que jugaba la educación en el desarrollo del carácter personal y social de la humanidad. Creía que hasta que la educación no alcanzase a todos los individuos de la sociedad no podía ésta organizarse sobre bases de justicia y equidad. Desde su punto de vista no podía haber libertad política ni tampoco moral, mientras que las capa-

ciudades intelectuales del pueblo no fueran desarrolladas en la academia y en la escuela, por la simple razón de que una causa justa, o con mucha justicia de su parte, sería incapaz de triunfar a menos que se supiera defender delante sus impugnadores. Ortega y Gasset bien decía que definir un concepto es igual a dominar la cosa conceptuada. Los antiguos creían que saber el nombre de alguien confería dominio sobre ese alguien. No estaban lejos de la psicología y mecanismo de las cosas. Conocer es poder.

«Existe —argumentaba Temple— una forma de esclavitud intelectual tan real como la económica. Estamos obligados a destruirla... Si queréis libertad humana entonces debéis tener un pueblo educado.»

Para él, el propósito de la educación era equipar a hombres y a mujeres por igual para el complejo oficio de entender el mundo en que vivían. No se trataba de una cuestión académica sino vida o muerte en la dimensión de la personalidad humana. Asegurado el alimento y abrigo para el cuerpo, la necesidad más radicalmente humana es la formación cultural. Dieciséis años pasados al frente de la Asociación Obrera Educativa forjaron su experiencia en contacto real con el pueblo y sus necesidades cotidianas, que en el fondo expresaban un deseo religioso, un sentido de la trascendencia manifestado en la «búsqueda de la razón y ritmo de las cosas».

El hombre civilizado, plenamente humano, no es el que tiene aseguradas sus necesidades básicas de comida y albergue, que ya no las siente como necesidades sino como partes acompañantes de su crecimiento biológico, sino el que siente necesidad

de aquello sin lo cual no valdría la pena vivir: la cultura en su multiforme variedad, religión, arte, ciencia, deporte... Éstas son las necesidades radicales del hombre creado para vivir *sobre* la tierra no atado *a* ella. Por todo ello William Temple supo ver que el mal, el daño, principal causado por el desempleo en los obreros era un perjuicio espiritual:

«La injusticia mayor y más amarga del parado no es el dolor animal del hambre o la incomodidad, ni siquiera el daño mental de la vacuidad del aburrimiento; es el daño espiritual de no permitirse la oportunidad de contribuir a la vida general y bienestar de la comunidad.» Más tarde será tema predilecto de los cristianos *sociales* ahondar en este tipo de repercusiones psicológicas y espirituales en el desempleado forzado.

Cuando Temple escribió al Parlamento requiriendo recortes en otros presupuestos que no fueran los del desempleo indignó en gran manera al Canciller del *Exchequer* (fondos públicos) que no quería ninguna «intromisión sacerdotal.»

Parte del ministerio de Cristo fue anunciar libertad a los cautivos y, de algún modo, creo que el corazón del verdadero cristiano se manifiesta en su preocupación por los más marginados de la sociedad: los presos. Temple no podía menos que preocuparse de esta sección de la sociedad e intervino en la Liga Howard para la Reforma Penal, en memoria del gran pastor y reformador carcelario John Howard, y en el Concilio Nacional para la Abolición de la Pena de Muerte. Temple escribió sobre *La ética de la acción penal* (*The Ethics of Penal Action*), vista a la luz de los principios cristianos, cuyo primer principio y el más grande es lo sagrado de la

personalidad humana y el valor de cada vida humana para Dios. «El valor moral, positivo o negativo, reside siempre en la personalidad.»

Su amplio corazón cristiano también se refleja en la parte tan activa que jugó en las conversaciones ecuménicas con todas las confesiones cristianas. Fue presidente del Concilio Británico de Iglesias (1942), de la Conferencia Fe y Orden de Edimburgo (1937) y del comité provisional del Concilio Mundial de Iglesias durante la guerra (1938-42). Fiel al espíritu conciliador anglicano, Temple creía que una iglesia ideal, que respete el legado de la primitiva iglesia y conserve lo mejor de su posterior evolución, era una iglesia católica, evangélica y reformada, pues, a la vez que conserva lo mejor del pasado está siempre abierta a la acción divina, sin atarse a demasiadas fórmulas, cuyo peligro principal consiste en detener el avance y la flexibilidad necesaria de la Iglesia en un mundo en cambio. Éste es precisamente el genio del anglicanismo; hasta dónde tenga, o haya tenido éxito es una cuestión abierta al estudio y debate, pues si bien muchos consideran ésta su mejor aportación a la comunión intereclesial, otros lo ven como su principal debilidad, toda vez que es imposible llegar a una uniformidad doctrinal dentro de la misma comunión. Lo cierto es que el único camino de la unidad cristiana pasa por el respeto a la diversidad teológica, que cuando es realizada responsablemente dentro de la iglesia representa la multiforme variedad de la verdad, que aun siendo una en cuanto a su objeto se refiere se presenta múltiple en relación al sujeto que la aprehende. Son las comunidades creyentes que

rechazan la riqueza de su comprensión de la verdad para resaltar un aspecto de ella como la verdad absoluta y nivel con el que medir el resto de las comunidades, las que, automáticamente, se convierten en sectas con todos los males que esto acarrea, sin llegar a conocer nunca el significado pleno y fecundo de la Iglesia. La trágica consecuencia de esta actitud es la falta de sentido de pertenencia y lealtad a la Iglesia. En nombre de una verdad personal cada cual es leal, no al Señor de la Iglesia, sino a sí mismo.

Ser leal a la Iglesia no significa suspender, o supeditar la lealtad suprema debida a Aquel que es su Cabeza. Para Temple no había dudas o indecisión al respecto. Aquí afloraba su herencia refor-

mada. Por encima de la Iglesia, y de la obediencia a ella debida, está la lealtad a Cristo. «La lealtad de la juventud cristiana —dijo en un memorable congreso— debe ser primera y principalmente a Cristo mismo. Nada puede tomar el lugar del devocional diario en íntima comunión con el Señor. Sacad tiempo para ello como sea y aseguráos de que es real. Esta lealtad a Cristo hallará su expresión en la membresía activa y fervorosa en la Iglesia. Esto, recuerdo de nuevo, no necesita, ni debería implicar una docilidad pasiva... Necesitamos hombres que busquen la dirección del Espíritu de Cristo para determinar lo que es correcto y se entreguen a ello en cuerpo y alma. Aventura y lealtad a Cristo es lo que queremos.» **A**

Notas

1. *De la soledad a la comunidad*, p. 40. Ed. Troquel, Buenos Aires 1969.
2. *Interpreting Theology 1918-1952*, p. 77. SCM Press, Londres 1952. Cf. Alan M. Suggate, *William Temple and Christian Social Ethics today*. T & T Clark, Edimburgo 1987.
3. *Church and Politics Today. The Role of the Churches of England in Contemporary Politics*, George Moyser, editor, pp. 176-177. T & T Clark, Edimburgo, 1985.
4. *Dean Inge*, Adam Fox, p. 250. John Murray, Londres, 1960. No obstante, es bueno señalar que Inge no sentía ninguna animadversión personal contra Temple. Al contrario, éste fue el padrino de su primer hijo.
5. *William Temple*, F. A. Iremonger, p. 435. Oxford University Press, Londres 1950, 5ª ed.